

Recordar, compartir, aprender

**Castellón**

**Manuela Jarque, 89 años.**

**Manuel Peña, 24 años.**

## IDAS Y VENIDAS DE OBLIGADO CUMPLIMIENTO

La vida suele ofrecerte diferentes alternativas; de pronto tienes que tomar decisiones que marcarán el futuro y hoy en día, la gran mayoría, tenemos muchas posibilidades, y siempre hay tiempo de rectificar, pero... no podemos olvidar a esas generaciones que nunca han conocido esa paleta de colores que ahora manejamos, aquellas que sólo conocen el blanco y el negro, que son las mismas que con suerte una vez escogieron pero sin poder equivocarse, sin poder dar vuelta atrás.

Pues bien, a una de esas generaciones pertenece Manuela Jarque, una mujer que el destino me presentó la primavera de 2007, cuando recientemente había cumplido 89 años y consciente de su edad afirmaba: “casi tengo más años que Matusalén, ¿sabes quién era Matusalén?”; esta fue una de las primeras frases que me dedicó, dejando ver desde el principio, que pese a ser la más longeva de una gran familia, todavía estaba llena de vitalidad y energía.

Esa mujer mayor que portaba bastón, no era muy alta, tenía el pelo rubio claro y llevaba unas gafas de ver pequeñas, tras las que se le vislumbraban unos ojos azules muy sinceros, que rebosaban ternura y daban confianza, tanta como la que ofrecía su extensa sonrisa. Tenía frente a mi, la historia de toda una vida, “una vida que me ha dado muchos palos” comentaba la protagonista, desafiando ese huracán emotivo que recorre su cuerpo cuando me cuenta la pérdida de hermanos, de su marido y hasta la de un hijo... “pero hay que comentar lo bueno, porque pese a todo, la vida es amable”, y quizá es una de las afirmaciones que más me impresionan cuando veo a una persona con tanto vivido.

“Cualquier día dirán: ‘Manuela nos ha dejado’, pero no tengo ganas, si viera la muerte aparecer por una esquina, bien sabe Dios, que intentaría escapar como fuera”, confesaba esta Turolense con una entrañable carcajada, huyendo de lo negativo que tan bien conoce y buscando refugio hablando de lo positivo, como de sus biznietos o de su querido pueblo: Villarluengo.

Se me encoje el corazón cuando de pronto empieza a relatarme a modo de cuento toda una vida, “miro para atrás y son muchas las cosas vividas” dice cerrando los ojos y recordando algo seguramente lejano, delante de mi anonadado rostro está el claro ejemplo de la superación, de lo amoldable y elástico que es capaz de ser el ser humano.

Como una amiga que te va poniendo al día sobre lo que le ha ocurrido en el último mes, ella me va contando lo ocurrido en sus últimos 60 años: “estuve trabajando, antes de cumplir los 16 años, hasta los 18 más o menos, en la fábrica textil que había en el pueblo por poco más de dos reales, antes de la guerra” una fábrica que era muy reconocida, sobre todo en su etapa anterior cuando se dedicaba al ‘papel de estado’ y al ‘papel moneda’, sirviendo después durante el conflicto civil para hacer chilabas y gorros rojos para los legionarios republicanos. En este momento es cuando cambiando de registro me contó uno de los episodios más tensos de su vida, “pues cuando estalló la dichosa guerra mi madre se había marchado a Teruel y tardó dos años y medio en volver”, la toma de Teruel por parte de unos y de otros pilló en medio a la madre de la que para mí ya es una protagonista de aquellos tiempos revueltos, y una sabia de éstos. “Mucho tiempo estuvimos sin noticias”, en un recorrido que escasamente hoy en día tardaríamos una hora, por aquel entonces se convirtió en una distancia insalvable para aquella familia y para muchas otras que les sucedió algo parecido.

“Después de dos años llegó una carta derivada de los servicios de la Cruz Roja, desde Francia, y por lo menos descansamos sabiendo que estaba bien”, aunque luego aun tardaron en verla cinco meses más, “acabó escapando con un pequeño grupo entre las balas”, no quiero imaginar como debe de ser la angustia de no saber nada de una madre y lo que esa mujer debió de pasar lejos de sus hijos y su marido; todo esto encima dentro del contexto de una guerra, por mucho que imaginemos estoy bastante seguro de que la realidad fue mucho más complicada de lo que podemos alcanzar a sospechar. “Al final, el día que la volvimos a ver... fue



una alegría indescriptible (...)” de pronto se hace un silencio y se le humedecen los ojos, de fondo se oyen las olas del mar, es un día soleado y parece que todo se para... “¿escuchas el mar?, la primera vez que lo vi, no me pareció para tanto”, cambiamos de tema, todo lo que teníamos que sentir con aquel capítulo de su vida ya lo habíamos sentido.

“Después tuve que ir a servir a Barcelona” porque sus padres, tras la pérdida que deja “una batalla tan injusta como la ocurrida aquí y que tan malos recuerdos trae” necesitaban dinero, y en la fábrica ya no se podía trabajar porque los maquis habían robado 50.000 pesetas y se declaró en suspensión de pagos, cayendo en la quiebra y cerrando. “Un tiempo después volví y me casé con el hombre más guapo del pueblo”, comentaba esta vez con media carcajada y sonrojada, “era uno de los que había sobrevivido al frente”, en aquel momento yo sabía que en su cabeza estaba visualizando al hombre joven del que se enamoró, “y fuimos a vivir a una masía”. “Después otro tiempo en el pueblo y de pronto nos venimos a Castellón”, el hermano de su marido les había buscado un buen trabajo en la capital de la Plana, y se mudaron para ejercer de caseros.

Atrás dejaba su amado pueblo, en el que de pequeña tanto había pasado pues “me encantaba bailar y respirar el aroma de mi pueblo”, de pronto vuelve otra vez atrás a hablarme de su pasión por Villarluengo y comenta sus fiestas, “pero no te creas que entonces bailar era fácil, se decía que: ‘al hombre, se le puede dejar el codo y no todo’, y es que no era como ahora”, ¡parece mentira las diferencias que han aparecido en una franja de tiempo tan pequeña!, la gente joven deberíamos aprender de muchas leyendas vivas como la de Manuela y tomar buena nota de unas experiencias tan impactantes. “Ahora ya no se cuidan las cosas como antes, fijate como están los baños termales que había en mi pueblo, decían que venía gente desde muy lejos sólo para tratarse, y ahora... están en ruinas, ha cambiado todo mucho, ¡hasta llueve menos!”, exclamó frunciendo el ceño a modo de protesta, mientras yo quedo perplejo por sus palabras.

En la tierra de levante vivió muchas cosas, cambios personales y generales, cara y cruz que te ofrece el destino que no controlas, un entorno que de pronto un día empieza a cambiar, “¿sabes que Carrero Blanco explotó?”, la caída de la dictadura, la transición... me cuenta las cosas humildemente y con un conocimiento de causa que sólo alguien como ella posee, pues todo lo ha vivido en primera persona.

Ahora somos rebeldes, queremos mucho con poco esfuerzo, antes tenían que valorar mucho lo poco, conseguido con un sacrificio descomunal, “aunque a mi nunca me ha faltado un plato de comida, en esta vida hay que trabajar mucho” comenta la señora Jarque, añadiendo “sobre todo con humildad y sin envidias” concluía uno de los días que se nos hizo tarde, haciendo gala de la generosidad que emana.

## LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Cuando pienso en la historia de Manuela me vienen a la cabeza muchas imágenes de residencias, de centros de día, de hogares de jubilados... muchos rostros con arrugas que deja el tiempo, con experiencias que sólo te ofrece la edad y con una sabiduría tan dura, tan firme, incluso en algunos casos tan cruel, que sin saberlo, a los más jóvenes, se nos hace difícil de entender, cayendo incluso en alguna ocasión en el menosprecio que denota inmadurez y escasa inteligencia.

Recuerdo el primer día que estuvimos hablando, un concurso había unido temporalmente nuestras vidas. Yo iba simplemente con la intención de escuchar y después escribir algo peculiar, ¡que simplemente pudiera ser leíble!, pero fue mucho más que eso... fue una equivocación el pensar que se iba a resumir un todo como el que se me mostraba delante en un relato vacío. El mayor reto a posteriori, era transmitir ese torrente emocional que a mi me cautivó y del cual sabía, siendo consecuente, que al final sólo podría dar alguna pincelada.

Empezamos a conocernos con un agradable sentido del humor. Con sus palabras, la señora Manuela, como se le conoce en el centro de día donde la visitaba, me embarcó en un viaje del cual no sabía qué esperar. Poco a poco, uniendo anécdotas, entre ironía y simpatía, dábamos saltos en el tiempo como si estuviéramos en una película, tratando temas de actualidad, criticando el presente, descubriendo el pasado y especulando brevemente sobre el futuro. Esto lo hicimos durante varios días en los que paseamos por el jardín, tomamos algún almuerzo o simplemente disfrutamos de una conversación en un sofá, entre dos generaciones muy distantes en el tiempo, sanas y con tantas cosas por ofrecerse. Esto me mostró no sé si lo más importante de la vida, pero sí algo que logró interesarme, como la visión desde otro punto de vista, la opinión, el discurso, el respeto y la compañía; pero todo a la vez y aliñado con una agradable paz que desprendía una mujer que decía tener todo